

Democracias en crisis

Izquierdas y derechas en el siglo XXI en Latinoamérica

Lorena Soler

■ DOI: 10.54871/ca24dd9d

La propuesta aquí presentada problematiza sobre la crisis de la democracia y la consolidación de una nueva derecha en el siglo XXI tras el cierre de los gobiernos populistas de la región. En términos históricos, situamos el surgimiento de este proceso en una coyuntura marcada por la crisis de sentido que sufrió el régimen neoliberal en Latinoamérica hacia fines del siglo XX, cuyas principales consecuencias fueron diversos estallidos económicos y sociales, y por el colapso de una forma de funcionamiento del sistema político democrático. En ese contexto, tras el surgimiento del ciclo progresista-populista –abierto con la asunción de Hugo Chávez en Venezuela (1999)–, se experimentó un proceso de politización de las desigualdades sociales y se impuso el ideario democrático como sentido político legítimo. Dicha coyuntura condicionó a las derechas y las obligó a la configuración de nuevas estrategias de intervención política, alianzas sociales, discursos y formatos de representación. Actualmente se enfrentan con límites objetivos que conllevan el replanteo de sus repertorios de acción y la vehiculización de estos a

partir de actores nuevos y viejos que adquieren una preponderancia inusitada en la escena política.

Este trabajo se inserta en un momento particular de América Latina, en el que la clave distintiva parece ser una disputa entre los dos campos políticos ideológicos que se consolidaron tras la crisis de sentido neoliberal que cristalizó el pasaje al siglo XXI y que, en efecto, pone en evidencia un cambio de época. Por un lado, tenemos la permanencia de gobiernos de derecha (Brasil, 2019; Uruguay, 2020; Paraguay, 2018 y Ecuador, 2017), y por el otro, la denominada tercera izquierda (Natanson, 2022), que logró recuperar la dirección de los gobiernos (Argentina, 2019; Bolivia, 2020; Chile, 2022) o imponerse donde había una continuidad de las derechas en el poder (México, 2018; Perú, 2021/2022; Colombia, 2022). En relación con este heterogéneo mapa, sostenemos que las fuerzas de derecha, al igual que su contraparte, las de izquierda, muestran características singulares tras el cambio que implicó el pasaje de siglo. En rigor, tras la crisis de sentido del neoliberalismo, es posible identificar dos campos político-ideológicos novedosos: las nuevas fuerzas de izquierda y las nuevas fuerzas de derecha.

Las incidencias políticas tras la crisis del consenso neoliberal

La crisis del consenso neoliberal puso a toda la región frente a experiencias políticas inéditas. La academia y el campo intelectual acuñaron un conjunto de categorías porosas para dar cuenta de un cambio de época que fue inesperado tanto para los observadores como para los propios actores políticos. El derrotero de nuevos gobiernos, que inició con la llegada de Hugo Chávez (1999) a la presidencia de Venezuela y que continuó en Brasil (2003), Argentina (2003), Bolivia (2006) y Ecuador (2007), fue producto de contextos atravesados por el conflicto social y de la presencia significativa de los más diversos movimientos sociales, organizaciones políticas y expresiones más anómicas como *ciudadanos indignados*, que

tomaron protagonismo a raíz de la crisis surgida con la implementación de las reformas neoconservadoras impulsadas a partir del denominado Consenso de Washington y el recorte o la eliminación de políticas básicas de ciudadanía social.

Como se conoce, la década de 1990 se caracterizó por políticas de ajuste estructural, reformas fiscales, la drástica reducción del gasto público y la desregulación económica. Todo ello estuvo acompañado por una brutal transferencia de recursos estatales a capitales privados y el resultado fue la configuración de un indicador inequívoco: el incremento de la pobreza y el aumento de la desigualdad en la distribución del ingreso y de la riqueza. Lo que se puso en crisis fue el núcleo de esa hegemonía neoliberal, constituido por un conjunto de prácticas económicas y políticas orientadas a imponer reglas de mercado –desregulaciones, privatizaciones, austeridad fiscal– y a “limitar el rol del Estado a la protección de los derechos de propiedad privada, libre mercado y comercio [...], una concepción general de la sociedad y del individuo basada en una filosofía del individuo posesivo” (Mouffe, 2018, p. 26). Eliminados el modelo industrialista/benefactor y sus variantes, la nueva matriz económico-financiera se impuso y su volatilidad impactó por completo en las relaciones sociales y políticas. Un fuerte proceso de individuación construyó adhesiones débiles y dio comienzo a tiempos poshegemónicos en los cuales “nadie parecía estar convencido por la ideología que alguna vez pareció fundamental para asegurar un orden social. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que el trabajo es explotación y que la política es engaño” (Beasley-Murray, 2010, p. 11).

Emir Sader (2009) entiende que el fracaso del modelo neoliberal estuvo dado por la imposibilidad de crear las bases sociales necesarias para su reproducción y legitimación o, si se prefiere, para consolidar un bloque hegemónico que le diera perdurabilidad. En su hipótesis, este tipo de capitalismo, al no distribuir el ingreso, no producir valor ni –en consecuencia– empleo, desestructuró las bases productivas y a sus actores (burguesías, obreros o campesinos),

quienes de otro modo habrían tenido la capacidad de darle sustento a ese modelo de acumulación. En consecuencia, lo característico de la crisis de hegemonía que comenzó a vivir la región tras el fracaso de un modelo societal excluyente fue un nuevo ciclo de luchas sociales y políticas. En rigor, el primer punto de inflexión frente al agotamiento de un modelo de exclusión social tuvo lugar en el año 1994 con el surgimiento, en México, del movimiento zapatista, que abrió una serie de impugnaciones al orden neoliberal, que recorrería toda la región.

La clave distintiva de los movimientos sociales fue la primacía de identidades carentes de identificación clasista y la ausencia predominante del sindicalismo como expresión de la dinámica del conflicto social, a lo que habría que agregar, también, el malestar dentro de los grandes partidos políticos y la disolución de los mecanismos efectivos de representación (Necersian, 2013). Los movimientos sociales surgieron con base territorial tanto en el mundo rural como en el espacio urbano y se constituyeron en relación con su identidad étnico-cultural (los movimientos indígenas), con su carencia (los llamados *movimientos sin*: sin tierra, sin techo, sin trabajo) o con su hábitat de vida compartido (por ejemplo, los pobladores).

Algunos autores caracterizan esas experiencias en el largo concepto de *populismo*. Además del clásico trabajo de Laclau, que luego derivó en una aguda mirada del chavismo, recientemente Chantal Mouffe (2018), alertada por las experiencias nacional-populistas de Europa, llamó la atención sobre la necesidad de la construcción de un populismo de izquierda que se presente como alternativa a la hegemonía neoliberal. En América Latina es posible afirmar que todos los líderes populistas de la tercera ola se presentan como “izquierdistas radicales, que claman combatir el libre mercado y aspiran a construir un nuevo modelo de desarrollo que aporte progreso real a las poblaciones pobres” (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2019 p. 49).

En una perspectiva más histórico-estructural, Maristella Svampa (2016) acuerda en caracterizar las inflexiones políticas de los gobiernos del venezolano Hugo Chávez (1999-2013), de los argentinos Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández (2007-2015), del ecuatoriano Rafael Correa (2007-2017) y del boliviano Evo Morales (2006-2019) como el regreso de configuraciones políticas más típicas de los populismos clásicos del siglo xx.¹ Así, los *populismos realmente existentes* fueron precedidos por intensas movilizaciones sociales de neto carácter antineoliberal que iniciaron un ciclo de estabilidad política y lograron el retorno del Estado como regulador y mediador, para desarrollar una importante política social. En tal sentido, la autora propone conceptualizarlos como *populismos de alta intensidad*² a partir de la reivindicación del Estado como constructor de la nación, del ejercicio de la política como permanente contradicción entre dos polos antagónicos (el nuevo bloque popular frente a sectores de la oligarquía regional o medios de comunicación dominantes) y de la centralidad de la figura del líder o la lideresa (Svampa, 2016, p. 450). A criterio de la autora, las experiencias pueden ser ordenadas por la condición o interpelación de clases, y distingue para Venezuela y Bolivia *populismos plebeyos* y para el caso de Argentina y Ecuador, *populismos de clase media*.

Agregamos nosotros que la condición de emergencia de los populismos supone siempre una crisis o situación de cambio. El

¹ Se denomina *populismos clásicos* a los gobiernos surgidos entre las décadas de 1930 y 1960, cuando se produce el pasaje de los partidos políticos de nobles a los de masa. Supone un proceso de urbanización y la implementación de la ISI (industrialización por sustitución de importaciones) y el rol del Estado en la transferencia económica mercado-internista y en la implementación de políticas redistributivas. Dichas experiencias se sitúan en el Brasil de Vargas (1945-1954), en el México de Cárdenas (1934-1940) y en la Argentina peronista (1945-1955).

² La autora parafrasea a Aníbal Viguera (1993), quien entiende el neopopulismo como una experiencia populista de *baja intensidad* ocurrida en la década neoliberal de 1990 donde el principal asignador de recursos societales fue el mercado y en la que la clave distintiva fue el recorte de derechos y el aumento de la desigualdad. El único rasgo comparable es la presencia del líder, atributo que no alcanza para poder definir un orden político como populista.

populismo siempre surge en momentos en los que los partidos políticos se suspenden como las instituciones principales de representación política o ingresan en un proceso de crisis (rupturas, divisiones) o no son más el centro de la delegación. Entonces aparecen figuras definitorias que, si bien no siempre son *outsiders*, pueden presentarse así: Evo Morales, Hugo Chávez y Rafael Correa.³ En otros casos, las figuras presidenciales pertenecen a la clase política y se presentan como renovadoras, tal como el caso de Lula da Silva, candidato del Partido de los Trabajadores, formación que llegó a gobernar Brasil por primera vez en la historia y rompió con la tradición de los partidos brasileños creados desde el Estado; en Argentina, Néstor Kirchner y Cristina Fernández eran figuras marginales a la élite política que había conducido al Partido Justicialista durante los últimos veinte años. No es casual, entonces, que Evo Morales, Rafael Correa y Hugo Chávez construyeran liderazgos de relación directa con los actores sociales, ya sea en la versión más organicista (movimiento indígena y campesino), ya sea en la versión más amorfa de *pueblo*, en contraste con Argentina y Brasil, donde la relación supo estar más mediada por el partido.

Los trabajos primogénitos desde otra óptica, como los de Daniel Chávez, César Rodríguez Gravito y Patrick Barret (2008) y Atilio Borón (2012), proponen hablar de *nueva izquierda* como clave para entender las experiencias políticas que aparecieron tras la crisis del consenso neoliberal y el agotamiento de los formatos tradicionales de representación política que, a su vez, se conjugaron con la explosión de múltiples identidades étnicas, lingüísticas, de género

³ En estricto sentido, todos tenían una trayectoria previa en el campo político. Morales, antes de llegar a la presidencia fue diputado de Cochabamba por el MAS (Movimiento al Socialismo) en 1997 y candidato a presidente en el año 2002. Hugo Chávez pertenecía a una institución constitutiva del Estado, las fuerzas armadas, y había creado en 1997 el Movimiento Quinta República; en 2007, se fusionó con otros partidos para crear el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). Rafael Correa, que se presentaba como académico, había participado como ministro de Economía del presidente ecuatoriano Alfredo Palacio (2005-2007), vicepresidente del destituido Lucio Gutiérrez.

y de opción sexual, entre otras. Las características de esta nueva izquierda estarían dadas por la pluralidad de estrategias, la articulación de formas organizativas descentralizadas, una multiplicidad de bases sociales y agendas políticas diferenciadas. Esto supondría asumir un proyecto de reivindicación de la sociedad civil como espacio de acción política, la revalorización del reformismo frente a la revolución y la profundización y la ampliación de la democracia, que combinaría la representación con la participación directa.

No obstante, el nacimiento de una nueva izquierda (progresismo, para algunos) tras la caída del Muro de Berlín, no había dado lugar a un sujeto político-ideológico de izquierda alternativo ni a un recambio utópico, a pesar de las reorientaciones progresistas de algunos de los gobernantes latinoamericanos. Tal como sostiene Hugo Quiroga (2010), desde 1989 la izquierda perdió o abandonó el proyecto de conquista revolucionaria del Estado y de destrucción del capitalismo, y no logró formular una alternativa a las transformaciones producidas a partir de la hegemonía del liberalismo económico. Se puede sostener entonces que, en América Latina, más que un giro a la izquierda, lo que se reprodujo fue el resurgimiento de una visión estatista, nacionalista y nativista de la política, resultado del fracaso de las políticas neoliberales aplicadas en la región y de la crisis de los partidos.

El eje del *núcleo duro* de la nueva izquierda latinoamericana fue la lucha contra el neoliberalismo, su enemigo principal, sin muchos matices ni creatividad. Esa fuerza política, que se denomina a sí misma *posneoliberal*, podría ser calificada como izquierda anti-neoliberal (Quiroga, 2010, p. 30). En la misma dirección argumentativa, Pablo Stefanoni afirma, refiriéndose a la izquierda, que “el nacionalismo popular vino en su ayuda [...], de allí que el socialismo del siglo **xxi** sea más estatista que socializador y tome la forma de populismo de izquierda” (2016, p. 87).

En rigor, a medida que las fuerzas de izquierda se desplegaban, también las fuerzas de derecha se renovaban y exhibían mayor fuerza tras la crisis de las experiencias progresistas experimentadas

en la región. Desde 2008 empezó a vislumbrarse una primera etapa de agotamiento de los gobiernos que conformaban el ciclo de la nueva izquierda; el modelo económico no logró revertir exitosamente los condicionantes estructurales propios de las economías latinoamericanas (Svampa, 2017) y la imposibilidad de contener el conflicto social y de viabilizar los reclamos de distintos sectores sociales puso en evidencia las dificultades para construir proyectos hegemónicos.

En rigor, como hemos demostrado (Soler, 2018), los gobiernos surgidos tras la crisis del consenso neoliberal implicaron experiencias democratizadoras: todos ellos llegaron al poder y se mantuvieron en él mediante elecciones democráticas y aumentaron la participación electoral de la ciudadanía, es decir, generaron adhesiones por la vía pública. Asimismo, produjeron condiciones para la movilización social ampliada, aun cuando el ordenamiento binario del campo político implicaba la selección y la jerarquización de determinados antagonismos en detrimento de otros. Cambiaron estatutos legales del Estado, modificaron leyes que organizan el pacto social, ampliaron derechos e incorporaron nuevos sectores políticos a la dinámica económica y estatal. Mediante políticas de transferencia monetaria o de ampliación del mercado interno y de crecimiento del empleo, transformaron las condiciones socioeconómicas y acortaron las brechas de la desigualdad y la pobreza.

Claro está que fueron tributarios de un momento de inserción de la región en el mercado mundial que, disponibilidad de capitales mediante, permitió un doble movimiento económico: vender *commodities* y recibir inversiones extranjeras directas, que en muchos casos fueron a intensificar la extracción de materias primas. Estas experiencias del siglo XXI fueron al mismo tiempo un pacto de consumo (mercado interno) y un pacto de inclusión (políticas sociales). Utilizaron la coyuntura histórica para generar mayores niveles de democratización social y fue esto lo que los diferenció frente a sus pares latinoamericanos: no todos los regímenes hicieron lo mismo bajo idéntica coyuntura (Leiras, 2016). Como en todas

las experiencias populistas –las de mediados del siglo xx y las de ahora–, ha prevalecido una matriz estatalista en el marco de un sistema capitalista que, mediante una alianza policlasista, se ha encargado de imponer sus restricciones.

Asimismo, los sectores sociales medios, atravesados por el proceso de movilidad social ascendente en curso, comenzaron a articular demandas en torno a cuestiones tales como inseguridad, corrupción, intervencionismo estatal, transparencia institucional y equilibrio de poderes, libertades individuales, etc. La imposibilidad de contener el conflicto social y de viabilizar los reclamos de distintos sectores sociales debilitó a estos gobiernos y evidenció las dificultades para construir proyectos hegemónicos (Balsa, 2016). En ese contexto, las derechas se volvieron más competitivas electoralmente y adquirieron capacidad de movilización política al cuestionar el consenso posneoliberal en materia económica y distributiva promovido por las agendas de los gobiernos progresistas.

Derechas actuales. Precisiones conceptuales y ajustes históricos

Las fuerzas de derecha no son nuevas en el mundo ni tampoco lo son en América Latina, sino que adoptan una pluralidad de posiciones de acuerdo con el espacio y el tiempo (Vicente, Echeverría y Boholavsky, 2021). Solo para reducir nuestro encuadre a la segunda mitad del siglo pasado, es posible distinguir la derecha dictatorial (1964 a 1985) de la derecha neoliberal (1985 al 2000), y las que venimos a llamar *nuevas derechas* han surgido a partir de 2000 de la mano de Piñera (2010-2014 y 2018) en Chile; de Federico Franco (2012-2013), de Cartes (2013-2018) y Abdo Benítez (2019) en Paraguay; de Macri (2015-2019) en Argentina; de Temer (2016-2018) y Bolsonaro (2019) en Brasil; de Lasso (2021) en Ecuador; de Duque (2018) en Colombia; de Bukele (2019) en El Salvador; de Lacalle Pou (2020) en Uruguay y de los gobierno de facto de Añez (2019) en

Bolivia y Dina Boluarte en Perú (2022). A esta tercera etapa y a este heterogéneo mapa nos vamos a referir. Es decir, a estas nuevas derechas que se recrearon en una coyuntura histórica específica tras la crisis del consenso neoliberal, en los inicios del siglo XXI, y accedieron predominantemente al poder tras el cierre del ciclo progresista-populista de América Latina.

En términos de mapeo, en los años que siguieron al triunfo de Trump en los Estados Unidos, las derechas de la región ganaron una centralidad y radicalidad destacables. Las perspectivas marcadas por el nacionalismo y los valores conservadores fueron más visibles en el caso brasileño, con Bolsonaro, y en el paraguayo, con Mario Abdo Benítez (ambos llegaron a la presidencia en 2018), que articularon con ideas y medidas neoliberales; mientras que las perspectivas basadas en el neoliberalismo fueron más pronunciadas en los gobiernos de Mauricio Macri, en Argentina (2015-2019); Sebastián Piñera, en Chile (2018-2022) –ya había sido presidente entre 2010 y 2014–, y Luis Lacalle Pou, en Uruguay (desde 2020).

Lo que la dinámica reciente expuso es que las nuevas derechas crecieron de modo dispar en esos países, pero con una marca que permite exponer diferencias: en los primeros casos, lo hicieron en vínculo con los gobiernos (incluso cuando buscaron enfrentarlos, terminaron articulando con ellos; algo muy visible en Paraguay), mientras que en el segundo lo hicieron fuera de ellos o en contra, acusando a esas administraciones por no ser lo suficientemente derechistas o ser reversiones de los progresismos. Así, en la Argentina, pudo haber dos candidatos presidenciales ubicados a la derecha de Macri en las elecciones de 2019 y, actualmente, el crecimiento del economista Javier Milei expone el peso de las vertientes radicalizadas;⁴ en Chile, el abogado José Antonio Kast dejó atrás las formaciones tradicionales de las derechas y llegó a disputar la segunda vuelta presidencial contra el finalmente ganador Gabriel

⁴ Javier Milei fue elegido presidente el 19 de Noviembre del 2023 por el periodo 2023-2027.

Boric; en Uruguay, finalmente, el Partido de la Gente, Cabildo Abierto o iniciativas como Un solo Uruguay buscan superar el clivaje entre progresismo y centro derecha característico del sistema político uruguayo, pero con dinámicas (e impacto) desiguales.

Monestier y Vommaro (2022) sostienen que es necesario observar un comportamiento articulado de las derechas electorales y no electorales, en tanto las nuevas derechas electorales se basan en grupos sociales afines, en especial, en empresarios y en grupos religiosos conservadores:

Estos grupos constituyen las bases de las nuevas derechas regionales, tanto en su versión partidaria como no partidaria. Por esa razón, la distinción analítica entre vías electorales y no electorales de acceso al poder de las derechas no debe hacernos olvidar que, en la práctica, los casos exitosos se basan en la combinación de ambas estrategias (p. 9).

Por un lado, la derecha ha apelado a la representación de intereses con estrategias no electorales (corporaciones, medios de comunicación, redes tecnocráticas, centros de pensamiento) y, por el otro, el vehículo ha sido el desarrollo de movimientos electorales *antiestablishment* o no partidarios (candidaturas independientes que, luego de ganar elecciones, eventualmente forman partidos).

En términos conceptuales, la derecha es una identidad social vinculada con la reproducción de las desigualdades sociales. Tal como establece Bobbio (2014 [1994]), la posición de las derechas en torno a las desigualdades sociales conforma un rasgo identitario de las mismas. En este sentido, Luna y Rovira Kaltwasser (2014) y Ansaldi (2017) sostienen que la derecha promueve la desigualdad, a diferencia de la izquierda, que busca combatirla. Este aspecto conforma el carácter relacional de la derecha. Pero, como advirtió Waldo Ansaldi (2022), el estudio de las derechas no debe confundir el elemento estructural u orgánico (la concepción y el tratamiento con respecto a la desigualdad) con lo ocasional, contingente, accesorio.

Recientemente, Prego y Nikolajczuk han sido contundentes al demostrar cómo tanto los programas económicos como la presencia de empresarios en los gobiernos de las derechas actuales han permitido y ejecutado programas económicos que han profundizado órdenes societales más desiguales. En efecto, han observado que:

Las derechas en el poder impusieron programas de naturaleza neoliberal y garantizaron mecanismos de apropiación del excedente por parte del empresariado (especialmente a través del endeudamiento, las privatizaciones y la valorización financiera), al tiempo que deshabilitaron canales de transferencia progresiva del ingreso (a través de modificaciones impositivas, de sistema de pensiones, etc.) (2022, p. 153).

Asumiendo entonces que las derechas actuales –las derechas neoliberales, decimos nosotros para precisar la época– mantienen un elemento orgánico en torno a la concepción de la desigualdad y su tratamiento, intentamos aportar sobre sus rasgos contingentes o coyunturales. Además, partimos de la premisa de que la articulación internacional de las derechas expuso una serie de pautas comunes que impactó sobre el perfil de las nuevas derechas, desde una agenda global a figuras transnacionales, pasando por la adaptación local de temas y eslóganes o circulación de actores.

Derechas y democracias. Formatos y crisis *desde adentro*

Según la tesis de Cecilia Lesgart (2023), después del 11-S, cuando EE. UU. comenzó a mirar a Oriente más que a Occidente, y desde que se desvaneció el sistema institucional internacional que se edificó tras la Segunda Guerra Mundial y fue desplazada la Guerra Fría, el actual desorden mundial no provee claros modelos liberales o democráticos para emular. Y así, las derechas activas dentro de la

democracia usan las instituciones o las constituciones para socavarlas. A su entender, las derechas

han complejizado y transformado las maneras en que operan, tanto que ya no parecen ser las mismas del pasado, aunque las llamemos de manera similar. Así, hay actores civiles que usan, manipulan o desusan las constituciones o las instituciones de la democracia en contra de ella, o poderes fácticos que acosan a los gobiernos o a la oposición a través de la mediatización de denuncias y de causas judiciales (p. 20).

En rigor, esta es una época en la que conviven formas democráticas con autoritarias, o bien, para algunos, se trataría de autocracias electorales, autoritarismos competitivos o formas híbridas, aquellas en las que se exhiben los actuales regímenes políticos en diversos países del mundo. El advenimiento del autoritarismo se relaciona con un neoliberalismo que conmueve la democracia.

Estas derechas, para consolidarse en el poder, restablecieron su vínculo con el Estado en democracia y privilegiaron los espacios institucionales para encauzar sus estrategias políticas, especialmente en el Poder Legislativo y en el Poder Judicial. De esta forma, desarrollan diversos mecanismos, entre los cuales destacamos los nuevos dispositivos destituyentes o neogolpismo y la judicialización de la política o *lawfare* como instancia de socavamiento de la legitimidad de las fuerzas político-ideológicas contrarias u opositoras. Es decir, siguiendo a Cannon (2016), las élites de derecha debieron desarrollar estrategias en la medida en que vieron amenazado su poder y combinaron dialécticamente la amenaza y la reacción. Así, las derechas utilizan mecanismos propios del sistema republicano para hacer caer gobiernos que fueron elegidos democráticamente (los desplazan o sustituyen) sin que se produzca el quiebre del régimen político ni del Estado constitucional de derecho (Lesgart, 2012). Con ellos intentan anular, eliminar o inhibir (de acuerdo a la correlación de fuerzas encontrada y la capacidad para imponer una nueva voluntad política) un proceso en marcha

y que, en general, aparece como una amenaza al orden estatuido, algo que Perry Anderson denomina *contrarrevoluciones preventivas* en respuesta a la inflexión populista de los años cincuenta (Soler y Prego, 2019) y sobre lo que llamó también la atención Cannon.⁵

Tan indiscutible es ese horizonte ideológico que los golpes de Estado perpetrados bajo las presidencias de Jean-Bertrand Aristide en Haití (2004), Manuel Zelaya en Honduras (2009), Fernando Lugo en Paraguay (2012), Dilma Rousseff en Brasil (2016), Evo Morales en Bolivia (2019) y Pedro Castillo en Perú (2022) se hicieron dentro de los *estrictos marcos legales* de la democracia, con un rol protagónico de los poderes legislativo y judicial, una verdadera novedad para la región. En comparación con los golpes del siglo xx, puede observarse una preeminencia de actores de la sociedad civil y espacios políticos e institucionales como el Poder Legislativo y el Poder Judicial, que sientan las condiciones para la realización del golpe y su legitimación. De este modo, la pérdida de legitimidad de la opción militar, que caracterizó a los golpes de Estado del siglo pasado, puede explicarse a partir de la consagración hegemónica de la democracia como forma de hacer política en la región. Así, son las propias instituciones de la república las que vehiculizan los procesos de ruptura de la voluntad popular, expresada en las urnas.

De esta afirmación se desprende que es impreciso entender los golpes de Estado como un problema de inestabilidad política (Ollier, 2008; Hochstetler, 2008; Pérez Liñán, 2008). Por el contrario, este puede ser un elemento decisivo en la apertura de un proceso de cambio social, como ha sido demostrado en la región en los inicios del siglo xxi. Los golpes de Estado actuales plantean diferencias sustanciales con las caídas de los presidentes ocurridos a principios del siglo, producidas en un contexto de crisis del neoliberalismo como matriz dominante que comenzó a intensificarse

⁵ Como indica Cannon (2016), las élites de derechas desplegaron tres tipos de estrategias: acciones dentro del marco legal (como las elecciones), prácticas de movilización (como manifestaciones y política callejera, campaña mediática, desestabilización económica) y actividades ilegales o extraconstitucionales.

desde fines de 1990. Entre 2000 y 2005 hubo al menos seis presidentes en ejercicio que no pudieron culminar sus gobiernos: Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005), en Ecuador; Alberto Fujimori (2000), en Perú; Fernando de la Rúa (2001), en Argentina; Gonzalo Sánchez de Lozada (2003) y Carlos Mesa (2005), en Bolivia.

Las salidas presidenciales anticipadas expresaron el agotamiento de una fase del ciclo neoliberal –entendido como una forma de acumulación y dominación– a partir de agudas crisis económicas que erosionaron tanto el ordenamiento del sistema capitalista –cuasimonedas, dolarización, devaluación, crisis financiera, confiscación de depósitos– como las capacidades básicas del Estado como garante de la reproducción social, y provocaron movilizaciones populares y lógicas de insurrección callejeras. Además de la disparidad de los condicionamientos contextuales, los actores del sistema político implicados en ambas coyunturas son antagónicos: la destitución de los presidentes vía nuevos golpes de Estado no provino *desde abajo* –movimientos sociales, sindicatos, ciudadanos indignados–, sino desde el seno mismo de las élites nucleadas en el Poder Legislativo y el Poder Judicial.

Podría decirse que, en este caso, las crisis provienen antes del bloque dominante –expresadas en las coaliciones presidenciales y en los parlamentos– que de los sectores subalternos. De ahí que, mientras en las caídas presidenciales de principios del siglo XXI los mandatarios que dejaban el gobierno carecían de legitimidad política –es decir, de reconocimiento de su autoridad por amplios sectores de la sociedad–, en los golpes posteriores, los presidentes y la presidenta se mantuvieron en la escena política y, en algunos casos, sus partidos o fuerzas políticas retomaron la conducción del país. Tal es el caso del Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil (2023) y del MAS de Bolivia (2020). Como indica Waldo Ansaldi (2014), “cuando se produce una radicalización de la democracia que llega al punto de cuestionar seriamente la hegemonía de la burguesía, esta clase no vacilará en el empleo de la violencia, cualquiera sea la forma que elija” (p. 28). Se trata, entonces, de acciones destinadas a

sustituir a los productores del orden social obturando los procesos de radicalización de la democracia promovidos –aun con sus limitaciones– por los gobiernos progresistas o populistas, tal como ya lo indicó Cannon para referirse a las actividades ilegales o extraconstitucionales de las élites de derecha.

En rigor, como apuntamos con Martín Vicente (Soler y Vicente, 2023), la democracia aparece en el centro del problema y las nuevas derechas pueden ser pensadas como amenazas a la democracia desde el sistema, desde fuera de él o ejerciendo el gobierno. En ese sentido, para los politólogos Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018), se estaría ante un cambio epocal: las democracias amenazadas no ya (solo) desde fuera, sino también desde adentro, desde la praxis gubernamental. Si bien para ambos autores se trataba un fenómeno que excedía el eje izquierda-derecha, muchas de las pautas marcadas en su libro se hicieron regulares para explicar qué traía el *fenómeno Trump* consigo y, por extensión, establecieron líneas de interpretación una vez que un triunfo análogo se dio en la región.

Como mencionamos, estas nuevas derechas afirman la democracia liberal en un sentido instrumental y defienden la totalización del mercado mediante un llamado a la recuperación del diálogo y las virtudes republicanas. Asimismo, recurren a una ideología parlamentarista para generar un clima destituyente que puede desembocar en la apelación a mecanismos democráticos que desconocen y vulneran la voluntad soberana del electorado, so pretexto de garantizar la continuidad de esa misma democracia y sin hacer uso de la ruptura autoritaria ni de la violencia directa como nota distintiva. Las estrategias políticas predominantes se nuclean en torno a la aparición en escena de sus referentes y a la representación de estos como *outsiders* de la política (aunque generalmente no lo son), muchas veces como reacción frente a una clase dirigente fuertemente deslegitimada.

Aun cuando los dirigentes sean políticos con una larga trayectoria, subrayan su condición de externalidad; afirman preocuparse por el Estado, al que entienden como un ideal de *lo público*, y por

el pueblo, al que consideran como la parte pura de la comunidad, pero se muestran contrarios a la política, a la que perciben como el lugar donde está lo *viejo*: política tradicional, ideología, electoralismo, partidocracia, corrupción y demagogia. La derecha sostiene encarnar una estricta renovación moral, una revolución cultural con las herramientas del mundo empresarial; de ahí que estos gobiernos también pueden ser entendidos dentro de la categoría *populismo de derecha* en la medida en que mantienen una estrategia con políticas redistributivas *hacia arriba*, a lo que agregan un fuerte énfasis en la necesidad de mantener ciertas jerarquías sociales que consideran *naturales* (Casullo, 2019).

El populismo de derecha se caracteriza (si hacemos un balance entre diversas explicaciones) por la apelación nacionalista, los valores conservadores y el discurso antielitista, que se imbrica con otras pautas derechistas. Ello implica, sin embargo, dos miradas: por un lado, para analistas como Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2017), ese populismo es una ideología delgada, capaz de girar a izquierda o derecha sobre una serie de ejes y procedimientos en común, que en el caso de Trump lo hacía enfáticamente a derecha; por el otro, para miradas como las de Roger Eatwell y Matthew Goodwin (2019) se trata de un *nacional-populismo* derechista anclado en las vivencias de desposesión de sus bases.

En este punto es importante presentar una diferencia, siguiendo a Sergio Morresi (2020), entre el neoliberalismo y el nacional-populismo, en tanto *complejos ideológicos*, que diferentes gobiernos de derecha pueden combinar. Según el autor, el neoliberalismo se presenta como un conjunto de propuestas políticas, morales e institucionales orientadas a quitar capacidad de acción a las partes de la ciudadanía que podrían poner en peligro el desarrollo del mercado. El rasgo distintivo del neoliberalismo es el “rol activo asignado al Estado a fin de *apuntalar sistemáticamente al mercado* para la promoción de la desigualdad social y económica” (p. 54), precondition para la competencia, requisito para la innovación y el crecimiento. En cambio, las derechas nacional-populistas suelen deplorar

las consecuencias del despliegue de las políticas neoliberales, denunciar a los líderes que las defienden y combatir a algunas de las instituciones (sobre todo a las internacionales). No obstante, no se muestran contrarios ni a la economía capitalista en general ni al modelo de mercantilización/desigualación asistida por el Estado que propone el neoliberalismo, con los que pueden convivir de modo cordial.

En otro texto (Soler, 2023) he indicado que en el heterogéneo mapa de derechas que plantea la región es posible diferenciar, en términos sociológicos, dos tipos de derechas –nunca tan puras, pero sí con rasgos más pronunciados– de la siguiente manera: las *nacionalistas conservadoras*, representadas por Trump, Bolsonaro y Abdo Benítez, que llevan como ideario una vuelta al pasado, y aquellas *renovadoras y tecnocráticas*, que hacen del neoliberalismo su práctica política: Piñera, Macri, Cartes, Duque. Las derechas *nacionalistas conservadoras* realizan una reivindicación de la comunidad nacional homogénea y apelan, como en el fascismo clásico, a encontrar un *enemigo nacional* al que culpar: inmigrantes, musulmanes, izquierdistas, rojos y minorías sexuales. Finalmente, la búsqueda de resguardar la identidad transmuta en nativismo y xenofobia, y la centralidad del orden y la seguridad aparecen como justificación de cierto grado de autoritarismo. En todos los casos, apelan a una democracia *republicana* que es contrapuesta a una democracia *populista*.

Productores de ideología y opinión pública

Aun cuando los consensos redistributivos y culturales progresistas generaron condiciones poco propicias para los discursos asociados con las derechas, no dejó de tener aceptación la defensa de los valores tradicionales en la esfera cultural y social; la defensa de los mecanismos de mercado como mejores asignadores de recursos en la esfera económica (Luna y Rovira Kaltwasser, 2014) mantuvieron

cierta preeminencia. Si bien estas derechas se adaptaron a los consensos propios del giro a la izquierda –lo que implicó en algunos casos una ruptura con las tradiciones de derecha en que se asentaban–, encontraron en tópicos abandonados por las izquierdas –moralidad pública o corrupción y seguridad– terrenos propicios para instalar una agenda conservadora en la que la apelación a significantes como chavismo y comunismo –por momentos sinónimos– no estuvieron ausentes en países como Paraguay, Ecuador, Brasil y Argentina. En su discurso tampoco están ausentes los intentos por cuestionar las políticas de DD. HH. y las estrategias de reivindicación de la memoria sobre la última dictadura militar, como lo representa el llamado a “una articulación centrada en la noción de *diálogo*” hecho por el ministro de Cultura macrista Pablo Avelluto (Saferstein y Goldentul, 2019), y la reivindicación por parte de Bolsonaro del golpe de Estado del 31 de mayo de 1964.

Asimismo, las apelaciones a la ley y el orden, la seguridad pública y el tradicionalismo moral también pueden resonar en diversos grupos populares en contextos con altos niveles de delincuencia e inseguridad.

Las tendencias culturales más liberales y laicas entre los jóvenes, combinadas con movimientos que defienden los derechos de las mujeres, las minorías sexuales y los pueblos indígenas han desencadenado una reacción cultural entre conservadores y religiosos que crea nuevas oportunidades para la movilización populista en el flanco derecho (Zanotti y Roberts, 2021, p. 30).

Como destaca Pablo Stefanoni (2021), el antiprogresismo y el activismo contra lo políticamente correcto enmarcan discursos y acciones de las nuevas derechas desde perspectivas que por ello mismo pueden entenderse como rebeldes. Estas fuerzas adoptan rasgos antisistemas y la transgresión pasa a ser patrimonio de las derechas, que ahora dicen las cosas *como son* en nombre del pueblo y muestran a la izquierda como la expresión del *statu quo* y el *establishment*. Allí aparece una clave para comprender que, en parte,

en diversos casos nacionales, estos fenómenos crecieron contra gobiernos progresistas, pero también a la derecha de administraciones de centro derecha o derechas *mainstream*, a las que al mismo tiempo pueden reformular o con las que pueden coaligarse.

La politización de la agenda cultural durante los años del giro a la izquierda abrió una oportunidad para que los grupos religiosos conservadores se convirtieran en organizadores de la reacción cultural; la movilización contra la *ideología de género* y la legalización del aborto dejaron de ser asuntos de minorías que funcionaban como resabios. Las industrias culturales, el periodismo y el sistema de medios de comunicación, así como los llamados *intelectuales mediáticos*, emergieron como actores sociopolíticos y usinas insoslayables para la formación de la cultura política y han actuado en la producción de las ideas y en su difusión en el gran público. Como portavoces de la sociedad civil, los intelectuales mediáticos adquieren renombre a costa del desprestigio de la clase política, cuestión que lleva a la situación paradójica en la que el debate político se apoya en la *inercia antipolítica* que favorece a la derecha. El *liderazgo moral* de los comunicadores se encuentra atravesado por la lógica espectacular; en este sentido, es relevante atender a la articulación entre el sistema de medios, las redes sociales y el mercado editorial en la construcción de voluntades políticas.

Asimismo, el rol de las comunidades religiosas en la conformación de las fuerzas de derecha tiene cada vez mayor gravitación. A la progresiva declinación del poder de la Iglesia católica le siguió un crecimiento sostenido de las iglesias evangélicas, especialmente neopentecostales (Goldstein, 2020). El rol jugado por el pentecostalismo en la escena política regional y, particularmente, en el proceso de desestabilización del Partido de los Trabajadores (PT) y la victoria obtenida por Jair Bolsonaro en Brasil en 2019, así como su peso en Paraguay, pondera la afinidad de intereses y valores de los representantes de este culto con los partidos de derecha o con los partidos de masas que apoyan propuestas de derecha en las iniciativas legislativas en ámbitos como el de los derechos sexuales y

reproductivos. La batalla contra la ideología de género aglutina a grupos neoconservadores religiosos y laicos, y les permite disputar un arco cada vez más amplio de derechos consagrados en marcos constitucionales, convenciones internacionales e instrumentos de derechos humanos.

En un interesante estudio, Mariana Caminotti y Constanza Tabbush (2021) desmontan una mirada demasiado simplista sobre la reacción cultural a la agenda de derechos sexuales y de género, y muestran que la agenda conservadora tiene componentes creativos que impiden pensarla como pura reacción. En efecto, entender la ideología de género como amenaza a la familia, la sociedad y la nación, además de ser una estrategia efectiva para desacreditar programas de derechos sexuales y demandas de autonomía física, “ofrece un marco de interpretación persuasivo que vuelve peligrosa cualquier política que cuestione las jerarquías y el orden patriarcal” (p. 38).

Como parte de esta reproducción de la ideología, estas nuevas derechas plantean una nueva relación con el conocimiento sobre la política y con las formas de producción de las representaciones sociales; en rigor, podemos pensar en unas derechas motorizadas por los medios de comunicación, las editoriales, las redes tecnocráticas y los *think tanks*, que a la vez transitan por redes sociales y generan circuitos cerrados de comunidades. Estas estrategias se despliegan en tres ámbitos: las instituciones estatales (especialmente en el nivel subnacional), la sociedad civil (en particular, los medios de comunicación y los *think tanks* o centros de pensamiento) y la formación de identidad (sea territorial o sectorial) (Giordano, Soler y Saferstein, 2018).

Todos los estudios indican que la cantidad de *think tanks* aumentó considerablemente en la región a partir del *giro progresista* y que estos han logrado una mayor gravitación en el campo político.⁶

⁶ El financiamiento público para la investigación aplicada es inestable y fragmentado, y la consultoría es el modo de transferencia de recursos más frecuente entre el Estado y los *think tanks*. Para un estudio pormenorizado, ver Rocha (2017).

En estas condiciones, las redes de expertos se han vuelto agentes poderosos y fortalecidos en el campo del saber y, por lo tanto, parte explícita de las estrategias *no electorales* que despliegan las derechas en la oposición o en el Gobierno. Los *think tanks* muestran una nueva forma de intervenir en política que, diferenciándose de la tradicional competencia partidaria, incursiona en la organización de redes de experticia tanto a nivel local como internacional. Desde aquel entonces, se desempeñan como verdaderos actores políticos, dado que, asociados a distintos partidos, conectan las ideas y el conocimiento producido con las políticas públicas implementadas y brindan evidencia y asesoramiento técnico a los gobiernos (Mercado, 2017).

Los *think tanks* sustituyen los modelos ascendentes de formación de opinión y preferencias por vía de su capacidad profesional para enmarcar problemas, desarrollar guiones argumentativos, asignar soluciones y sugerir explicaciones claras y fáciles de comunicar. Los *think tanks*, de la mano de los grupos mediáticos y los productores culturales en general, han tenido un papel gravitante en *plantar* agenda en temas tan sensibles como los derechos de las minorías, la problemática de género, la salud reproductiva o las reformas impositivas. Es además posible trazar un discurso común en la región de impugnación a la clase política, de desconfianza generalizada en lo público –asociado con la corrupción, los negocios y la venalidad– y de miedo al extranjero, al diferente.

Democracias y consensos. ¿Qué disputamos?

Según la hipótesis de Carlos Malamud (2020), en contra de lo inicialmente previsto, en este trienio no se produjo el vaticinado *giro a la derecha*, sino que se habría tratado de un movimiento corrector del previo *giro a la izquierda* de la primera década del siglo XXI, como lo demostraría el posterior triunfo electoral de Arce en Bolivia, el de Boric en Chile, el de Petro en Colombia y el reciente de Lula en

Brasil. Para algunos autores se ha producido un giro a la derecha atenuado, que no implica un giro ideológico sino el voto castigo a gobiernos desgastados por el fin del ciclo del *boom* de los *commodities* y el malestar generado por el aumento de la inseguridad, los problemas de corrupción y el rechazo de parte de la población a la llamada nueva agenda de derechos. Además, el giro a la derecha estaría atenuado por las restricciones que enfrentarían los nuevos gobiernos conservadores para poner en tela de juicio el consenso distributivo que se habría producido durante el ciclo de gobiernos de izquierda y centro izquierda.

Para Luna y Rovira Kaltwasser (2021), la naturaleza del giro a la derecha radica en que lo que se experimenta son dos patrones de competencia que han emergido alternativamente en distintos países: la desestructuración de los sistemas políticos nacionales o la emergencia de un patrón polarizado de competencia entre dos fuerzas principales. Según los autores, estamos en presencia de un resurgimiento de fuerzas conservadoras en la región y, más que un giro ideológico, lo que se observa es un voto castigo en contra de oficialismos desgastados por su acción de gobierno. En el mismo sentido, Kessler y Vommaro (2021) observan que, en un contexto general de debilidad de los partidos, coaliciones electorales poco estables y de intensificación de la inestabilidad política, más que pronosticar un nuevo ciclo de derechas, asistimos a una nueva etapa de aceleración de la historia.

Al momento de cerrar este trabajo, la izquierda *había vuelto* a tres conjuntos de países: 1) la izquierda autoritaria de Venezuela y Nicaragua; 2) la izquierda que gobierna en países por primera vez (México, Honduras, Colombia, Perú);⁷ 3) la izquierda que regresa (Argentina, Bolivia, Brasil y Chile). Según la hipótesis de José Natanson (2022), esta izquierda es más moderada ante la escasez de

⁷ Castillo fue destituido por el parlamento el 7 de diciembre de 2022 y asumió la vicepresidenta Dina Boluarte. Luego del golpe fue detenido y cumple prisión preventiva por presunto líder de una organización criminal.

disponibilidad de divisas y en un panorama internacional más crítico, con una derecha más articulada y capaz de obtener victorias.

En un reciente trabajo de Noam Lupu, Virginia Oliveros y Luis Schiumerini (2021), a través de datos de encuestas, se analiza la evolución de la adhesión a identidades políticas y valores autoritarios. Los datos muestran que, tomando la región en general, no se observa un masivo giro a la derecha en el ámbito de la opinión pública durante el período 2008-2019. Sin embargo, en el caso del Cono Sur, la identificación con la derecha aumentó en Argentina, Brasil y Uruguay. El dato más preocupante que exhiben los autores es el referido al aumento del descontento social con la democracia entre los ciudadanos latinoamericanos de hoy comparados con los de hace una década:

El porcentaje de quienes se encuentran satisfechos con el funcionamiento de la democracia se encuentra en los niveles más bajos desde 2010 [...] los datos de opinión pública de la última década muestran una disminución en el apego a la democracia, una menor satisfacción con la forma en la cual la democracia funciona, una disminución en la confianza en las elecciones y una mayor tolerancia a alternativas no democráticas como cerrar el Congreso en tiempos de crisis (2021, p. 88).

Si bien del estudio se desprende que no es posible identificar una variación significativa de este descontento con los grupos que se autoidentifican de izquierda y de derecha, el grupo de brasileños que se identifican de derecha, al menos desde 2012, aparece como el menos democrático de la región y el que muestra un cambio más pronunciado en términos del aumento del desapego con la democracia, en comparación con los encuestados de derecha de los otros tres países.

En rigor, como han señalado otros tantos autores, este giro a la derecha sin un cambio ideológico en el ámbito de la opinión pública también parecería deberse al normal funcionamiento pen-dular de la democracia. Los votantes latinoamericanos parecen

simplemente evaluar los gobiernos en base al desempeño (especialmente económico) y votar en contra de aquellos que no los satisfacen. De ser así, no estamos en presencia de un cambio en el mapa ideológico de la región; que la opinión pública no acompañe el giro a la derecha marca además los límites de la derecha en el poder. No obstante, de la misma manera en que en el giro a la izquierda no había más identificación/posicionamiento con la izquierda, según cambie la coyuntura latinoamericana, el electorado puede elegir opciones de derecha. En algunos casos, como el de Bolsonaro –seguramente podría parecer que obedece a la misma tendencia que llevó a Trump a la presidencia de EE. UU.–, se puede observar una adscripción cada vez mayor a los valores que estos políticos representan. Es decir, el liderazgo de Bolsonaro y la crisis de Brasil no fue inocua para la democracia y para al apego a valores no democráticos, como aquellos que llevan a querer *cerrar el congreso*.

En efecto, el legado neoliberal y la persistencia de sociedades fragmentadas y excluyentes en las que se recrea un significativo proceso de individuación constituyen desafíos que aún continúan vigentes para los órdenes democráticos sustantivos. Si bien se ha avanzado enormemente en el plano de la disputa simbólico-cultural, como la resignificación del lenguaje y de las prácticas políticas, el legado neoliberal no se ha desarticulado. Las políticas antineoliberales no han podido contrarrestar un fenómeno cultural y social de escala planetaria que homogeniza formas de habitar, consumir y experimentar el mundo actual. Parte de este proceso de globalización presente ha permitido consolidar caudales electorales, pero todos los votantes ahora son más volátiles y menos fieles a las identidades partidarias. Existe un *electorado del siglo XXI* que reviste novedades. Hay también transformaciones profundas del capitalismo que, al modificar las formas de producir, también afectan las formas del sentir.

La nueva matriz financiera, combinada con una producción extractivista, ha generado un país con una estructura social más compleja. También los cambios generales que atraviesa la

representación política clásica en los contextos de globalización involucraron con fuerza a los partidos políticos y al orden político local. Los resultados electorales, hasta la fecha, indican que los partidos tradicionales empezaron a dejar espacios cada vez más amplios a nuevas expresiones políticas que se distinguen ante todo por programas vinculados con la imagen personal de algún candidato. El dato distintivo, entonces, es la abrupta desafiliación de los ciudadanos de las identidades partidarias.

Esto no solo se manifiesta en el descenso constante de la participación electoral, sino también en un fenómeno muy llamativo: el altísimo porcentaje de electores, en su mayoría jóvenes, que ya no cuenta con afiliación a los partidos políticos. La debilidad de las identidades también es verificable en otros comportamientos electorales: los votos en blanco o nulos. Como se sabe, estos cambios también han afectado el funcionamiento de la burocracia partidaria, que ya no tiene la capacidad de coercionar a su electorado y deja espacios cada vez mayores a los *outsiders*: “Estamos en una época nebulosa en donde no estamos seguros qué conceptos utilizar” (Lesgart, 2023, p. 20).

Pero sí sabemos que estamos en crisis y que las democracias han dado lugar a autoritarismos cada vez más marcados. El avance electoral de la derecha observado en la región ha coincidido con una erosión de las instituciones democráticas en el mundo. En parte porque es un Estado que, frente a actores económicos cada vez más poderosos, fracasa en el cumplimiento de sus funciones. Las deficiencias estatales que imposibilitan una vida en común afectan la confianza de los ciudadanos en las instituciones representativas.

Sin una discusión seria sobre los factores de acumulación del poder de las élites de derechas, resulta difícil pensar en democracias sustantivas, en órdenes sociales con horizontes comunes y alguna idea de igualdad, rasgo constitutivo de la democracia moderna.

Bibliografía

Ansaldi, Waldo (2014). De la vox populi, vox deus, a la vox populi, vox mercatus. La cuestión de la democracia y la democracia en cuestión. *Estudios Digital*, (31), 13-31. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/9407>

Ansaldi, Waldo (2017). Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas. *Revista Theomai*, (35), 22-51. <https://www.redalyc.org/pdf/124/12452111003.pdf>

Ansaldi, Waldo (2022). Propuesta para una agenda de investigación sobre las derechas latinoamericanas. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (132), 123-144. https://www.cidob.org/es/articulos/revista_cidob_d_afers_internacionals/132/propuesta_para_una_agenda_de_investigacion_sobre_las_derechas_latinoamericanas

Ansaldi, Waldo y Soler, Lorena (2015). Derechas en América Latina en el siglo XXI. En Rocco Carbone y Lorena Soler (eds.), *Descartes. Estampas de la derecha en Paraguay*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.

Balsa, Juan Javier (2016). Pensar la hegemonía y la estrategia política en Latinoamérica. *Prácticas de Oficio*, (17), 7-18. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/114829>

Beasley-Murray, Jon (2010). *Poshegemonía: teoría política y América Latina*. Barcelona: Paidós.

Bobbio, Norberto (2014 [1994]). *Derecha e izquierda*. Madrid: Taurus.

Borón, Atilio (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires: Luxemburg.

Caminotti, Mariana y Tabbusch, Constanza (2021). El embate neoconservador a las políticas de igualdad de género tras el fin del “giro a la izquierda” en América Latina. *Población & Sociedad*, 28(2), 29-50. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/184210>

Cannon, Barry (2016). *The Right in Latin America: Elite Power, Hegemony and the Struggle for the State*. Nueva York y Londres: Routledge.

Casullo, María Esperanza (2019). *¿Por qué funciona el populismo?* Buenos Aires: Siglo XXI.

Chávez, Daniel; Rodríguez Garavito, César y Barrett, Patrick (eds.) (2008). *La nueva izquierda latinoamericana*. Madrid: Catarata.

Eatwell, Roger y Goodwin, Matthew (2019). *Nacionalpopulismo*. Barcelona: Península.

Giordano, Verónica; Soler, Lorena y Saferstein, Ezequiel (2018). Las derechas y sus raros peinados nuevos. *Apuntes de Investigación del CECYP*, (30),171-191. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8340106.pdf>

Goldstein, Ariel (2020). *Poder evangélico. Cómo los grupos están copando la política en América Latina*. Buenos Aires: Marea.

Hochstetler, Kathryn (2008). Repensando el presidencialismo. Desafíos y caídas presidenciales en el Cono Sur. *América Latina Hoy*, (49), 51-72. <https://www.redalyc.org/pdf/308/30804904.pdf>

Kessler, Gabriel y Vommaro, Gabriel (2021). Introducción al dossier Movilizaciones de la derecha en América Latina. *Población y Sociedad*, 28(2), 1-8. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8191156.pdf>

Leiras, Marcelo (2016). Economía y política en los gobiernos de izquierda de América Latina. En Marcelo Leiras, Andrés Malamud

y Pablo Stefanoni, *¿Por qué retrocede la izquierda?* Buenos Aires: Capital Intelectual, Le Monde Diplomatique.

Lesgart, Cecilia (2012). Golpes de estado y golpes constitucionales. Usos e innovación de un concepto político fundamental. *Polhis*, 12(23), 163-194. https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/150655/CONICET_Digital_Nro.42c6c85f-6f02-43c8-b654-586996533237_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Lesgart, Cecilia (2023). Tiempos nebulosos. Crisis de la democracia, clima autoritario e indeterminación conceptual. *Estudios*, (49), 9-18. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/39950>

Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel (2018). *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.

Luna, Juan Pablo, y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (eds.) (2014). *The resilience of the Latin American right*. Baltimore: John Hopkins University Press.

Luna, Juan Pablo y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2021). Castigo a los oficialismos y al ciclo político de derecha en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), 135-156. http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?pid=S1688-499X2021000100135&script=sci_abstract

Lupu, Noam; Oliveros, Virginia y Schiumerini, Luis (2021). Derecha y democracia en América Latina. *Población e Sociedad*, 28(2), 80-100. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-85622021000200080

Malamud, Carlos (2020). América Latina 2017-2019: un balance del ciclo electoral. *Revista Mexicana de Sociología*, 82(2), 461-471. <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/58151>

Mercado, Ana Belén (2017). Think tanks, democracia y partidos políticos. El Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olózaga durante la reforma constitucional colombiana (1986-1992). *MILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales*, IV(7), 49-70. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6128646.pdf>

Monestier, Felipe y Vommaro, Gabriel (2021). Los partidos de la derecha en América Latina tras el giro a la izquierda. Apuntes para una agenda de investigación. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), 7-22. http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-499X2021000100007

Morresi, Sergio (2020). Convergencias inesperadas de las derechas políticas. En Andrea Bolcatto y Gastón Souroujon (eds.), *Los nuevos rostros de la derecha en América Latina. Desafíos conceptuales y estudios de caso* (pp. 49-68). Santa Fe: Ediciones UNL.

Mouffe, Chantal (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mudde, Cas (2019). *The far right today*. Nueva Jersey: John Wiley & Sons.

Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2019). *Populismo. Una breve introducción*. Madrid: Alianza.

Natanson, José (2022). La nueva nueva izquierda. *NUSO*, (299). <https://nuso.org/articulo/la-nueva-nueva-izquierd/>

Nercesian, Inés (2013). América Latina en el siglo XXI, reflexiones inconclusas. Dossier Argentina: 30 años de democracia. *Observatorio Latinoamericano*, (12), 22-34. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/28507>

Ollier, María Matilde (2008). La institucionalización democrática en el callejón. La inestabilidad presidencial en Argentina

(1999-2003). *América Latina Hoy*, (49), 51-72. <https://www.redalyc.org/pdf/308/30804905.pdf>

Pérez-Liñán, Aníbal (2009). *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Prego, Florencia y Nikolajczuk, Mónica (2022). Las derechas en América Latina en el siglo XXI. La consolidación de la desigualdad y la instauración de una nueva institucionalidad. *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, (17), 119-160. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/sudamerica/article/view/6445>

Quiroga, Hugo (2010). ¿De qué hablamos cuando hablamos de izquierda hoy? *Temas y Debates, Revista universitaria en Ciencias Sociales*, (20), pp. 21-34. <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/326998>

Rocha, Camila (2017). O papel dos think tanks pró-mercado na difusão do neoliberalismo no Brasil. *MILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales*, IV(7).

Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2014). La derecha en América Latina y su lucha contra la adversidad. *Revista Nueva Sociedad*, (254), 34-45. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/4067_1.pdf

Sader, Emir (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Saferstein, Ezequiel y Goldentul, Analía (2019). El “diálogo” como discurso emergente. La articulación de un espacio de ideas en torno a la memoria del pasado reciente en Argentina (2008-2018). *Políticas de la Memoria*, (19), 15-30. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/159983>

Soler, Lorena (2020). Populismo del siglo XXI en América Latina. *Estado & Comunes. Revista de Políticas y Problemas Públicos* (Instituto de Altos Estudios Nacionales, Ecuador), 1(10), 17-36.

https://revistas.iaen.edu.ec/index.php/estado_comunes/article/view/146

Soler, Lorena (2023). Las derechas y sus derivas conceptuales. Punto de fuga en Paraguay. *e-l@tina. Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 21(82), 23-36. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/8168>

Soler, Lorena y Prego, Florencia (2019). Derechas y neogolpismo en América Latina. Una lectura comparada de Honduras (2009), Paraguay (2012) y Brasil (2016). *Contemporánea*, 11(2), 33-52. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/175324>

Soler, Lorena y Vicente, Martín (coords.) (2023). Dossier Nuevas miradas sobre las derechas en América Latina. *Revista Sudamericana*, (17), 10-22. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/sudamerica/article/download/6578/6583>

Stefanoni, Pablo (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Svampa, Maristella (2016). *Populismos del siglo XXI. Debates latinoamericanos, indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*. Buenos Aires: Edhasa.

Svampa, Maristella (2017). Cuatro claves para leer América Latina. *Revista Nueva Sociedad*, (268), 50-64. <https://nuso.org/articulo/cuatro-claves-para-leer-america-latina/>

Traverso, Enzo (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Vicente, Martín; Echeverría, Olga y Bohoslavsky, Ernesto (coords.) (2021). *Las derechas argentinas en el siglo XX. Presentación e itinerarios de un problema*. Buenos Aires: UNCPBA.

Viguera, Aníbal (1993). “Populismo” y “neopopulismo” en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 55(3), pp. 49-66.

Zanotti, Lisa y Roberts, Kenneth (2021). (Aún) la excepción y no la regla. La derecha populista radical en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), 23-48. http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?pid=S1688-499X2021000100023&script=sci_abstract

